

de Jerusalén; Guido, que entró en un monasterio; Bernardo y Luis, cuya suerte se ignora, y una hija, Baccia, que casó con Juan de Ricci.

Era Maquiavelo de mediana estatura, color cetrino y carácter seco. Su fisonomía, dura, pero de extraordinaria distinción, anunciaba una energía inflexible. Su conversación era amena, pero en las relaciones privadas usaba un tono dominante, que desaparecía al tratar de los asuntos é intereses políticos.

Dos siglos y medio pasaron sin que nadie pensara en tributar honra alguna á su memoria en Florencia, cuando en 1787, un gran señor inglés, lord Nassau-Clavering, conde de Cowper, le hizo construir un mausoleo con esta inscripción:

«Tanto nomini nullum par elogium: Nicolaus Machiavelli obiit, anno A. P. V. MDXXVII.»

En tiempos posteriores han sido tributados á la memoria de Maquiavelo públicos honores. Cuando Italia llegó á ser una y libre, pagó su deuda al insigne florentino, que siempre aspiró á la unidad y á la libertad de su patria. El 3 de Mayo de 1869 se celebró con gran pompa en Florencia el Centenario de Maquiavelo, siendo puesta en la casa donde vivió y murió una lápida de mármol con esta concisa y enérgica inscripción:

«Á Maquiavelo, precursor audaz, inspirado, de la unidad nacional; al primero que enseñó á su patria á servirse de sus propias armas.»

HISTORIA DE FLORENCIA.

AL SANTÍSIMO Y BEATÍSIMO PADRE

NUESTRO SEÑOR

CLEMENTE VII

SU HUMILDE SERVIDOR

NICOLÁS MAQUIAVELO

Vuestra Santidad, Beatísimo y Santísimo Padre, antes de ascender al Pontificado, me encargó escribiese los hechos realizados por el pueblo florentino, y en el cumplimiento de esta comisión he empleado toda la diligencia y habilidad que la naturaleza y la experiencia me han dado.

Llego en mi narración á la época en que, por la muerte del Magnífico Lorenzo de Médicis, cambió la fortuna (1) de Italia, y exigiendo los sucesos posterior-

(1) El texto dice *forma*, pero en el códice Laurentino se lee *fortuna*.

res, por su mayor importancia y grandeza, ser descritos con más elevado estilo, juzgo oportuno reducir á un volumen cuanto hasta dicha época he narrado, y presentarlo á Vuestra Santidad, á fin de que comience á gustar en parte el fruto de la semilla que sembró y de mis tareas.

Leyendo lo escrito, verá Vuestra Santidad, primero, al comenzar la decadencia del Imperio Romano en Occidente, con cuántas ruinas y con cuántos principes varió durante muchos siglos Italia sus Estados; verá cómo el Pontífice, los venecianos, el reino de Nápoles y el ducado de Milán alcanzaron el primer rango y el mayor poder en esta comarca; verá cómo su patria, apartándose, por sus disensiones, de la obediencia á los Emperadores, vivió dividida hasta que á la sombra de Vuestra Casa empezó á ser gobernada.

Y porque Vuestra Santidad me ordenó especialmente que al escribir los hechos de sus antepasados lo hiciera apartándome notoriamente de toda adulación (porque tanto le agrada oír de los hombres alabanzas justas, como le enojan las fingidas y tributadas por complacencia), dudo si al describir la bondad de Juan, la sabiduría de Cosme, la humildad de Pedro y la esplendidez y prudencia de Lorenzo, parecerá á Vuestra Santidad que he faltado á sus órdenes; de lo cual me defendiendo ante Vuestra Santidad, y ante todos aquellos á quienes estas descripciones desagraden por creerlas poco fieles, con decir que al encontrar llenas de tales elogios las memorias

de cuantos en diferentes tiempos han escrito de ellos, ó debía reproducir las alabanzas cual las hallaba, ó, como envidioso, callarlas. Y si bajo aquellas excelentes obras ocultábase una ambición contraria al bien común, como algunos dicen, yo que no la conozco no estoy obligado á consignarla; pues en toda mi narración jamás he querido excusar un acto malo con motivo honroso, ni denigrar una obra laudable suponiéndola hecha con propósito contrario.

Que prescindo por completo de la adulación se conoce en todas las partes de mi historia, y especialmente en los discursos y razonamientos públicos y privados, directos ó indirectos, en los cuales, tanto en las frases como en el sentido, sin reserva alguna pongo de manifiesto el carácter de la persona que habla, prescindiendo siempre de calificativos odiosos, como innecesarios para la verdad y dignidad de la historia. Ninguno de cuantos imparcialmente lean mis escritos podrá tacharme de adulador, sobre todo al ver lo poco que hablo de la memoria del padre de Vuestra Santidad, por causa de la brevedad de su vida que no le permitió darse á conocer, ni á mí ilustrarla en mis escritos, aunque sus obras fueron sobradamente grandes y magníficas, habiendo engendrado á Vuestra Santidad, beneficio que contrapesa los de sus antepasados hasta los más lejanos, y harán duradera su fama en más siglos que años de vida le quitó su desdichada fortuna.

He procurado, por tanto, Santísimo y Beatísimo Pa-

dre, satisfacer á todos en mis descripciones sin faltar á la verdad, y acaso no haya satisfecho á nadie; cosa que no me maravillaría, porque juzgo imposible, sin ofender á muchos, describir los sucesos de sus tiempos. Acudo, sin embargo, contento al campo, esperando que de igual suerte que me honra y sostiene la bondad de Vuestra Beatitud, me ayudarán y defenderán las armadas legiones de su santísimo juicio, y con igual ánimo y confianza que hasta ahora he escrito, continuaré mi empresa mientras la vida no me falte y Vuestra Santidad no me abandone.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Era mi intento, cuando determiné escribir la historia interna y externa del pueblo florentino, empezar la narración en el año de la religión cristiana MCCCCXXXIV, en cuya época la familia de los Médicis, por los méritos de Cosme y de Juan su padre, llegó á mayor autoridad que ninguna otra en Florencia, porque creía que maese Leonardo d'Arezzo y maese Poggio, excelentísimos historiadores, habrían referido minuciosamente todos los anteriores sucesos.

Pero cuando leí con detención sus obras por ver el orden y método que empleaban, para que, imitándolos, aprobaran mejor los lectores mi historia, encontré que en la narración de las guerras que los florentinos mantuvieron con príncipes y pueblos extranjeros, nada olvidaron; pero de las discordias civiles y de las enemistades intestinas, como de los efectos que produjeron, callaron una parte y otra la describieron tan rápidamente que su lectura no produce utilidad ni placer.

Creo que así lo hicieron, ó por parecerles tales sucesos tan insignificantes que los juzgaron indignos de consignarlos en la historia, ó por temor de ofender á los des-

cendientes de aquellos á quienes en sus narraciones tuvieran que censurar.

Ambos motivos parécenme indignos de grandes hombres (perdóneseme la frase), porque lo que más agrada y enseña en la historia es la narración de los sucesos interiores, y ninguna lección es tan útil á los ciudadanos que gobiernan la república como la que pone de manifiesto las causas de los odios y de las divisiones en la ciudad; para que, instruidos por el peligro de otros, mantengan la concordia. Si interesan los ejemplos de la historia de otras repúblicas, mucho más conmueven los que de la propia se leen, y son mucho más útiles; y si las divisiones en las otras repúblicas han sido notables, en la de Florencia fueron notabilísimas, pues la mayoría de las repúblicas de que tenemos noticia contentáronse con una división que, según los accidentes, ora engrandecía, ora arruinaba su ciudad; pero Florencia, no contenta con una, ha engendrado muchas.

En Roma, como todo el mundo sabe, expulsados los reyes, nació la discordia entre la nobleza y la plebe, durando hasta el fin de la república. Lo mismo sucedió en Atenas y en todas las repúblicas que en aquel tiempo florecían; pero en Florencia hubo primero discordia entre los nobles, después entre los nobles y el pueblo, y últimamente entre el pueblo y la plebe; ocurriendo muchas veces que, triunfante uno de estos partidos, se dividía en dos; divisiones que produjeron tantas muertes, tantos destierros, tanta extinción de familias, que no pueden compararse á las de ninguna otra ciudad de que se tenga memoria.

Y en verdad opino que el ejemplo que mejor demuestra el poder de nuestra ciudad, es el de estas dis-

cordias, capaces de anular cualquier otra más poderosa república, mientras la nuestra parecía tomar con ellas mayor fuerza. ¡Tanta era la virtud de aquellos ciudadanos y el poder de su ingenio y ánimo para engrandecerse y engrandecer á su patria, que los que escapaban de aquellos desastres, lograban con su energía enaltecerla más que había podido oprimirla y despoblarla el rigor de los accidentes desdichados!

Ciertamente, de ser Florencia tan feliz que, libre del Imperio, hubiera organizado un régimen capaz de mantener la concordia, no sé qué república antigua ni moderna la fuese superior. Tan repleta hubiera llegado á estar de virtudes belicosas é industriales.

Porque se ve que apenas arrojó de sí á los Gibelinos, tan numerosos, que llenaban Toscana y Lombardía, los Güelfos, con los que quedaron dentro de la ciudad, en la guerra contra Arezzo, un año antes de la jornada de Campaldino, reunieron entre los ciudadanos mil doscientos hombres de armas y doce mil infantes. Después, en la guerra contra Felipe Visconti, duque de Milán, apelando á la industria y no á la fuerza (por carecer entonces de ejército) en los cinco años que duró aquella gastaeron los florentinos tres millones quinientos mil florines, y una vez terminada, no contentos con la paz, para mostrar aún más el poder de su ciudad, pusieron sitio á Lucca.

No veo, pues, que haya motivo alguno para dejar de describir detalladamente estas discordias, y si á los nobilísimos escritores antes citados les contuvo el no ofender la memoria de quienes tenían que hablar, se engañaron, demostrando conocer poco la ambición de los hombres y el deseo que tienen de perpetuar el nombre

de sus antepasados y el suyo propio; no recordando que muchos, sin ocasión de conquistar fama con obra meritoria, se ingenian para adquirirla con actos abominables, y no considerando que los hechos que llevan en sí grandeza, como los de la gobernación y negocios de Estado, de cualquier modo que se realicen, cualquiera que sea su resultado, parece que siempre proporcionan á sus autores más honra que vituperio.

Apreciando yo estas cosas, me hicieron mudar de propósito, y determiné empezar mi historia por el principio de nuestra ciudad. Y no teniendo intención de ocupar lugar ajeno, describiré particularmente hasta 1434 sólo lo ocurrido dentro de la ciudad, no diciendo de las cosas de fuera más que lo necesario para la inteligencia de las de dentro. Pasado el año de 1434 narraré los sucesos interiores y exteriores. Además, para la mejor inteligencia de esta historia, describiré en cada época, antes de tratar de Florencia, por qué medios quedó Italia sujeta á los potentados que la gobernaban.

Estas cosas relativas á Italia en general, y en particular á Florencia, comprenderán cuatro libros. En el primero narraré brevemente lo ocurrido en Italia después de la decadencia del Imperio romano hasta 1434; el segundo se extenderá desde el principio de la ciudad de Florencia hasta la guerra que, después de la expulsión del Duque de Atenas, se hizo contra el Pontífice; el tercero terminará en 1414 con la muerte del rey Ladislao de Nápoles, y con el cuarto llegaremos á 1434, desde cuya fecha describiré tanto los sucesos interiores como los exteriores, hasta el tiempo en que vivimos.

HISTORIA DE FLORENCIA.

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

- I. Ocupan los Bárbaros el Imperio romano.—II. Los Francos y Borgoñones dan nombre á Francia y Borgoña; los Hunos á Hungría, los Anglos á Inglaterra.—III. Los Hunos y los Vándalos recorren Italia.—IV. Teodorico y los Ostrogodos.—V. La lengua moderna. Grandes mudanzas en el mundo.—VI. Muere Teodorico: Belisario combate á los Godos, vencidos después por Narses.—VII. Justino reorganiza á Italia.—VIII. Reino de los Longobardos.—IX. Cómo llegaron á ser poderosos los Papas.—X. El Papa pide auxilio á Pipino contra los Longobardos.—XI. Carlomagno, y fin de los Longobardos.—XII. Pasa el Imperio á Alemania.—XIII. Orden y división de los Estados italianos.—XIV. Nicolás III establece que la elección de Papa la hagan los Cardenales.—XV. Alejandro II excomulga á Enrique II y libra á sus súbditos del juramento de fidelidad. Güelfos y Gibelinos.—XVI. Los Normandos fundan el reino de Nápoles.—XVII. Urbano II va á Francia y predica la primera Cruzada. Órdenes de caballería de Jerusalén y de los Templarios. Fin de la Cruzada.—XVIII. Muere la condesa Matilde, dejando su Estado á la Iglesia. Federico Barbarroja. Sus querellas con Alejandro III. Liga lombarda.—XIX. Muerte de Tomás Becket. Retracción que hace el Rey de Inglaterra. Federico se reconcilia con el Papa. Su muerte.—XX. El reino de Nápoles pasa á la casa de Suavia. Órdenes de los Dominicos y de los Franciscanos.—XXI. Principio de la grandeza de la casa de Este. División de ciudadanos y señores en Güelfos y Gibe-

linos. Federico II.—XXII. Muerte de Federico II, que deja el reino á su hijo Conrado. Cae el reino bajo la tutela de Manfredo, bastardo de Federico. Enemistad de Manfredo con la Iglesia, por la cual el Papa llama á Italia á Carlos de Anjou, y le da la investidura del reino de Nápoles y de Sicilia. Batallas de Benevento y de Tagliacozzo.—XXIII. Inquieta política de los Papas por ser señores de toda Italia.—XXIV. Vísperas sicilianas.—XXV. Muchas ciudades de Italia compran su independencia al emperador Rodolfo—XXVI. Institución del Jubileo, que funda Bonifacio VIII. Clemente V traslada la Sede Pontificia á Avignon. Arrigo de Luxemburgo baja á Italia con propósito de unificarla y pacificarla. Sitia en vano á Florencia, y muere en Buonconvento á mitad de su empresa.—XXVII. Los Visconti se hacen señores de Milán y expulsan de allí á los Torriani. Juan Galeazzo, primer duque de Milán.—XXVIII. Luis el Bávaro y Juan, rey de Bohemia, llegan á Italia. Liga de las ciudades italianas contra Juan y el Papa.—XXIX. Origen de Venecia; su engrandecimiento y decadencia.—XXX. Discordia entre Benedicto XII y el emperador Luis.—XXXI. Nicolás de Rienzo, tribuno de Roma, intenta restablecer en ella el antiguo régimen republicano.—XXXII. El Jubileo se reduce á cincuenta años. La reina Juana dona Avignon á la Iglesia. El cardenal D. Gil de Albornoz restaura en Italia el poder de los Papas. Guerra entre Genoveses y Venecianos por la posesión de la isla de Tenedos. Primer uso de la artillería en Italia.—XXXIII. Turbulencias de la Iglesia en Nápoles y en Lombardia.—XXXIV. Compañías de aventureros. Verona se entrega á Venecia.—XXXV. Discordias entre el papa Inocencio VII y el pueblo de Roma por causa de las franquicias. Concilio de Pisa.—XXXVI. Concilio de Constanza y fin del cisma que produjeron los tres antipapas Gregorio XII, Benedicto XIII y Juan XXII.—XXXVII. Felipe Visconti recupera su Estado.—XXXVIII. Juana II, reina de Nápoles. Sus maldades.—XXXIX. Estado político de Italia á mediados del siglo xv.

I. Los pueblos que habitan al norte del Rhin y del Danubio, ocupando regiones feraces y sanas, llegan á

ser á veces tan numerosos, que muchos vense obligados á abandonar el patrio suelo en busca de nuevas tierras donde vivir. Cuando alguna de aquellas provincias quiere librarse del exceso de población, divide ésta en tres partes, de forma que en cada una de ellas haya igual número de nobles y plebeyos, de ricos y de pobres y, echadas suertes, la parte á quien le toca va en busca de fortuna, y las otras dos, descargadas de un tercio de la población, gozan de los bienes de la patria.

Estos pueblos fueron los destructores del Imperio Romano, proporcionándoles la ocasión los mismos Emperadores que, al abandonar á Roma, antigua capital, y fijar su residencia en Constantinopla, debilitaron la parte occidental del Imperio, por quedar menos vigilada y más expuesta á las rapiñas de sus ministros y de sus enemigos. Y en verdad para destruir tan gran Imperio, cimentado con la sangre de tantos hombres insignes, era preciso que hubiera tanta desidia en los príncipes y tanta infidelidad en sus ministros como fuerza y obstinación en los invasores, pues no fué un pueblo, sino muchos los que para su ruina se conjuraron.

El primero de los pueblos septentrionales que vino contra el Imperio, después de los Cimbrios, á quienes venció Mario, ciudadano romano, fué el Visigodo, nombre que en su lengua significa, lo mismo que en la nuestra, Godo occidental. Éste, después de algunas contiendas en los confines del Imperio, por concesión de los Emperadores, vivió largo tiempo establecido en las márgenes del Danubio.

Por varios motivos y en distintas épocas invadieron los Visigodos repetidas veces las provincias romanas; mas el poder de los Emperadores los refrenó siempre, y el últi-

mo que gloriosamente los venció fué Teodosio, de tal suerte que, sometidos á su obediencia, no eligieron rey sino, contentos con el estipendio concedido, vivían bajo su gobierno y militaban bajo sus banderas.

Muerto Teodosio, cambiaron el príncipe y los tiempos. Sus hijos Arcadio y Honório heredaron el Imperio, pero no el valor y la fortuna del padre. Había puesto Teodosio tres gobernadores para las tres partes del Imperio: Rufino, la oriental; Stilicón, la occidental, y Gildón, la africana, todos los cuales, á la muerte del Emperador, determinaron no regirlas como gobernadores, sino como príncipes poseerlas. Gildón y Rufino fracasaron al comienzo de su empresa; pero Stilicón, sabiendo disimular mejor sus intentos, procuró ganarse la confianza de los nuevos Emperadores, y al mismo tiempo perturbar de tal suerte el Imperio, que le fuera fácil dominarlo después. Para granjearles la enemistad de los Visigodos les aconsejó negar á éstos las acostumbradas pagas, y pareciéndole que no eran tales enemigos bastantes para desordenar el Imperio, mandó que los Borgoñones, Francos, Vándalos y Alanos, pueblos también septentrionales, y ya en camino para buscar nuevas tierras, invadieran las provincias romanas.

Privados los Visigodos de las pagas, para organizarse bien y vengar la injuria eligieron rey á Alarico, y acometiendo al Imperio, después de muchas peripecias, asolaron Italia y tomaron y saquearon á Roma.

Después de esta victoria murió Alarico, sucediéndole Ataulfo, que tomó por esposa á Placidia, hermana de los Emperadores, y por este parentesco convino con ellos en ir á socorrer la Galia y la España, provincias que, por la causa antedicha, habían invadido los Vándalos,

Borgoñones, Alanos y Francos. De esto resultó que los Vándalos, que habían ocupado la parte de España llamada Bética, combatidos rudamente por los Visigodos, y no teniendo salida, fueron llamados por Bonifacio, que á nombre del Imperio gobernaba el Africa, para que ocuparan aquella provincia porque, habiéndose rebelado, temía llegara á saberlo el Emperador. Tal fué el motivo de acometer los Vándalos de buen grado esta empresa, y, á las órdenes de su rey Genserico, se apoderaron de Africa.

Entretanto, sucedió en el trono imperial Teodosio, hijo de Arcadio, el cual, preocupándose poco de los asuntos de Occidente, dió ocasión á estos pueblos para pensar en los medios de poseer lo conquistado.

II. De esta suerte dominaron los Vándalos en Africa y los Alanos y Visigodos en España. Los Francos y Borgoñones no sólo se apoderaron de la Galia, sino que dieron su nombre á la parte que cada uno ocupó, llamándose una Francia y otra Borgoña.

El feliz éxito de estas empresas animó á otros pueblos para la destrucción del Imperio, y los Hunos ocuparon la Pannonia, provincia situada al lado de acá del Danubio, que hoy, por el nombre de los Hunos, se llama Hungría.

Añadióse á este desorden que, al verse el Imperio acometido por tantas partes, por tener menos enemigos comenzó á hacer convenios, ora con los Vándalos, ora con los Francos, cosa que aumentaba el poder y la autoridad de los Bárbaros, disminuyendo la del Imperio.

La isla de Bretaña, que hoy se llama Inglaterra, no se vió libre de tanta ruina, porque temiendo los Bretones á los pueblos que habían ocupado la Francia, y no

viendo posibilidad de que el Emperador los defendiera, llamaron en su auxilio á los Anglos, pueblo germánico. Los Anglos aceptaron la empresa, y al mando de su rey Vátigerio los defendieron primero, y después los expulsaron de la isla, constituyéndose en sus habitantes y llamándole, de su nombre, Anglia. Pero los anteriores habitantes, despojados de su patria, por necesidad fueron audaces: no habiendo podido defender su tierra, pensaron ocupar la ajena y, pasando con sus familias el mar, se apoderaron de los lugares más próximos á la costa, comarca á la cual, de su nombre, llamaron Bretaña.

III. Los Hunos que, según hemos dicho, habían ocupado la Pannonia, se unieron con otros pueblos llamados Gépidos, Érulos, Turingios y Ostrogodos, ó sea Godos de oriente, y pusieron en camino, en busca de nuevas tierras. No pudiendo entrar en Francia, que defendían otros Bárbaros, dirigieron á Italia al mando de Atila, su rey, que poco antes, para ocupar solo el trono, había muerto á su hermano Bleda y llegado á ser, por este fratricidio, poderosísimo; quedando como súbditos suyos Andarico, rey de los Gépidos, y Velamiro, rey de los Ostrogodos.

Venido á Italia, sitió Atila á Aquilea, y estuvo allí dos años sin encontrar otro obstáculo, arrasando toda la tierra comarcana y dispersando sus habitantes, lo cual, como oportunamente diremos, dió origen á la ciudad de Venecia. Después de la toma y destrucción de Aquilea y de otras muchas ciudades, dirigióse contra Roma, no arruinándola á ruegos del Pontífice, cuya majestad influyó tanto en su ánimo, que salió de Italia y volvió á Austria, donde murió.

A su muerte, Velamiro, rey de los Ostrogodos, y los

jefes de los otros pueblos empuñaron las armas contra sus hijos Tenderico y Eurio, matando al uno y obligando al otro á pasar con los Hunos el Danubio y volver á sus tierras. Los Ostrogodos y los Gépidos se posesionaron de la Pannonia; los Érulos y los Turingios de la orilla izquierda del Danubio.

Cuando Atila partió de Italia, Valentiniano, emperador de Occidente, intentó reorganizarla, y para defenderla mejor de los Bárbaros abandonó á Roma y fijó su residencia en Ravena.

Las calamidades que sufría el Imperio de Occidente fueron causa de que el Emperador, que habitaba en Constantinopla, concediera la posesión de aquél á otros, como cosa ocasionada á muchos gastos y muchísimos peligros, y muchas veces también los Romanos, sin su permiso, y viéndose abandonados, nombraban para defenderlo un Emperador, y aun alguno por propia autoridad usurpaba el Imperio, como lo hizo á la muerte de Valentiniano el romano Máximo, obligando á Eudoxia, esposa de aquél, á casarse con él.

Deseando Eudoxia vengar la injuria, y no pudiendo sufrir, por ser de sangre imperial, el casamiento con un simple ciudadano, impulsó secretamente á Genserico, rey de los Vándalos y señor del Africa, á venir á Italia, mostrándole lo fácil y provechoso de la conquista. La esperanza del botín le hizo acudir seguidamente, y encontrando abandonada á Roma, la saqueó, permaneciendo en ella catorce días. También tomó y saqueó otras muchas ciudades de Italia y repleto él y su ejército de botín, volvió á Africa.

Regresaron á Roma los romanos y, muerto Máximo, nombraron Emperador á su conciudadano Avito.

Después de larga serie de sucesos en Italia y fuera de ella, y de la muerte de muchos Emperadores, ascendió al trono imperial de Constantinopla Zenón, y Orestes y su hijo Augústulo al de Roma, ocupando por astucia el Imperio; y mientras por la fuerza procuraban sostenerse, los Érulos y los Turingios, que después de la muerte de Atila se situaron, según dije, en la orilla izquierda del Danubio, coligándose y al mando de Odoacro, vinieron á Italia. Las comarcas que abandonaban las ocuparon los Longobardos, pueblo también septentrional, que conducía Godogo, su rey; y éstos fueron, como en momento oportuno diremos, la última calamidad de Italia.

Llegó á Italia Odoacro, venció y mató á Orestes junto á Pavia, y Augústulo huyó. Después de esta victoria, para que el gobierno de Roma cambiase hasta del título, prescindió Odoacro del de Emperador y se hizo llamar rey de Roma. Fué éste el primero de todos los jefes de pueblos que entonces recorrían el mundo que se estableció en Italia, pues los otros, ó por temor de no poderse mantener en ella, porque los Emperadores de Oriente podían fácilmente socorrerla, ó por otros motivos desconocidos, la habían saqueado, buscando después otras comarcas donde asentarse.

IV. El antiguo Imperio Romano estaba entonces gobernado por los siguientes príncipes: Zenón reinaba en Constantinopla y dominaba todo el Imperio de Oriente; los Ostrogodos poseían la Mesia y la Pannonia; los Visigodos, Suevos y Alanos, la Gascuña y la España; los Vándalos, Africa; los Francos y Borgoñones, Francia, y los Érulos y Turingios, Italia.

El reino de los Ostrogodos lo regía Teodorico, sobrino de Velamiro, el cual, por ser amigo del empera-

dor de Oriente Zenón, le escribió que á sus Ostrogodos parecía cosa injusta, siendo superiores en valor á los demás pueblos, ser inferiores en dominación, y que le era imposible contenerlos dentro de los límites de Pannonia; de suerte que, obligado á dejarles tomar las armas é ir en busca de nuevas tierras, quería antes decírselo, para que previniese la irrupción concediéndoles alguna comarca en que, por su benevolencia, pudieran vivir con más dignidad y holgura.

Zenón, parte por miedo, parte por el deseo que tenía de arrojar de Italia á Odoacro, concedió á Teodorico venir contra él y posesionarse de Italia. Éste partió sin tardanza de Pannonia, dejando allí á los Gépidos, pueblo amigo suyo; vino á Italia, amenazó á Odoacro y á su hijo y, con el ejemplo de aquél, tomó el título de rey de Italia y fijó su residencia en Ravena, por los mismos motivos que tuvo el emperador Valentiniano para residir allí.

Fué Teodorico hombre excelente en paz y guerra. En ésta siempre vencedor y en aquella grandemente benéfico para la ciudad y su pueblo. Distribuyó sus Ostrogodos en las poblaciones con sus capitanes para que en la guerra los mandaran y en la paz los gobernasen. Engrandeció á Ravena, restauró á Roma, y excepto los mandos militares, devolvió á los romanos todos los demás honores. Contuvo dentro de sus tierras, no por la fuerza de las armas, sino por el prestigio de su autoridad, á todos los reyes bárbaros que ocupaban el Imperio. Edificó ciudades y fortalezas entre la punta del mar Adriático y los Alpes, para impedir fácilmente el paso á nuevos bárbaros que quisieran invadir á Italia. Y si tanto mérito no lo obscurecieran al final de su vida

algunas crueldades, por sospechas de crímenes de Estado, como la muerte de Simmaco y de Boezio, hombres venerables, su memoria sería digna de toda clase de elogios, porque por su valor y su bondad, no sólo Roma é Italia, sino todas las demás partes del Imperio de Occidente, libres de las calamidades que durante largos años se habían hecho sufrir las irrupciones de los Bárbaros, se reanimaron, viviendo ordenada y felizmente.

V. Los tiempos más calamitosos para Italia y para las demás provincias sujetas á las irrupciones de los Bárbaros, fueron en verdad los que mediaron desde Arcadio y Honorio hasta Teodorico. Porque si se considera cuánto daño ocasiona á una república ó á un reino variar de rey ó de gobierno, no por fuerza exterior, sino por civil discordia; si se ve que con pocas variaciones las repúblicas y los reinos poderosos se arruinan, fácil es imaginar cuánto padecieron Italia y las demás provincias romanas en aquel tiempo, pues no sólo cambiaron de monarcas y gobiernos, sino de leyes, costumbres, modo de vivir, religión, idioma, traje y nombre. La idea de cada cual de estas cosas, no de todas, sin verlas ni sufrirlas, espanta el ánimo más firme y constante.

De estos sucesos provino la ruina ó la fundación ó el crecimiento de muchas ciudades. Entre las destruidas fueron Aquilea, Luni, Chiusi, Popolania, Fiesole y otras muchas: entre las fundadas, Venecia, Siena (1), Ferrara, Aquila y otras muchas poblaciones y fortalezas que por brevedad no cito. Las que de pequeñas convirtieron en grandes fueron Florencia, Génova, Pisa, Milán, Nápoles y Bolonia, á lo que hay que añadir la

(1) Siena es de más remota antigüedad.

ruina y reconstrucción de Roma, y muchas que en distintos tiempos fueron destruidas y reedificadas.

Entre aquellas ruinas y aquellos pueblos nuevos se formaron nuevas lenguas, como son las que se hablan en Francia, España é Italia por la mezcla de los idiomas propios de los Bárbaros con la antigua lengua de los Romanos. Además fueron cambiados los nombres, no sólo de las provincias, sino de los lagos, ríos, mares y hasta de los hombres, porque Francia, Italia y España están llenas de nuevas denominaciones, completamente distintas de las antiguas, como se ve, sin contar otras muchas, las de Pó, Garda, Archipiélago, en nada conformes con sus anteriores nombres. Los hombres ya no se llaman César y Pompeyo, sino Pedro, Juan ó Mateo.

Pero entre todos estos cambios no fué el menos importante el de la religión; porque combatiendo las costumbres de la antigua fe con los milagros de la nueva, nacieron tumultos y discordias gravísimas entre los hombres. Y aunque permaneciendo una la religión cristiana, no hubieran sido menores los desórdenes; la lucha entre las Iglesias Griega, Romana y Ravenesa, y además la de las sectas heréticas con los católicos, por varios modos contristaron el mundo. Testigo de ello Africa, que sufrió muchos más trabajos por el arrianismo en que creían los Vándalos, que por su avaricia y natural crueldad.

Viviendo, pues, los hombres entre tantas persecuciones, reflejábese en sus miradas el espanto del ánimo, porque además de los infinitos males que sufrían, á muchos hasta faltaba el consuelo de implorar la ayuda de Dios, en quien todos los desdichados suelen esperar, que

inciertos los más sobre el Dios á quien debían acudir, faltos de ayuda y de esperanza, miserablemente morían.

VI. Mereció, pues, Teodorico grandes alabanzas por haber sido el primero que puso remedio á tantos males, de tal suerte, que en los treinta y ocho años de su reinado en Italia, la inmensa prosperidad borró por completo las huellas de los anteriores desastres. Pero al morir le sucedió en el trono Atalarico, hijo de su hija Amalásunta, y al poco tiempo, no cansada la fortuna, renovó las calamidades en Italia, porque Atalarico murió poco después que su abuelo y, viniendo el cetro á manos de la madre, fué ésta víctima de la traición de Teodato, á quien llamó para que le ayudara á gobernar el reino. Teodato la mató y se proclamó rey; pero, llegando á ser por esto odioso á los Ostrogodos, creyó el emperador Justiniano que podría arrojarle de Italia, y designó para jefe de aquella empresa á Belisario, que ya había sujetado el Africa, expulsando á los Vándalos y sometiendo al Imperio.

Ocupó Belisario á Sicilia y, pasando de aquí á Italia, se apoderó de Nápoles y Roma. Los Godos, al ver esta catástrofe, amenazaron á su rey Teodato como causante de ella, y eligieron Rey en su lugar á Vitigio, quien, después de algunos combates, fué sitiado y preso por Belisario en Ravena. Pero cuando la victoria de éste no era aún decisiva, le quitó el mando Justiniano, sustituyéndole con Juan y Vital, que no se le parecían ni en el valor, ni en las costumbres. Con esto, los Godos cobraron ánimo, eligieron rey á Ildovado, que era gobernador de Verona, y después, porque fué muerto, ocupó el trono Totila, que derrotó el ejército del Emperador, recuperó la Toscana y Nápoles, y rechazó á los genera-

les del Imperio casi hasta los límites extremos de los Estados que Belisario había recuperado.

Justiniano entonces le ordenó volver á Italia; pero trajo escasas fuerzas y pronto perdió la fama que antes había ganado, sin poderla reconquistar; porque Totila, cuando Belisario estaba con su ejército en Ostia, á su vista se apoderó de Roma y, no pudiendo conservarla ni queriendo abandonarla, la destruyó en gran parte, expulsó al pueblo y llevo consigo á los senadores. Sin cuidarse de Belisario, fué con el ejército á Calabria al encuentro de la gente que en ayuda de aquél venía de Grecia.

Viendo Belisario abandonada á Roma, acometió una empresa laudable, porque entró en la arruinada ciudad, con la mayor presteza posible reedificó sus muros y llamó á sus habitantes. Pero la fortuna se opuso al buen éxito de sus propósitos, pues acometido entonces Justiniano por los Parthos, llamó á Belisario, quien en obediencia á su señor, abandonó Italia, dejándola á la discreción de Totila. Tomó éste de nuevo á Roma, y tratóla con menos crueldad que la primera vez. Á ruegos de San Benedicto, que tenía entonces gran fama de santidad, pronto determinó reconstruirla.

En tanto, Justiniano, que había hecho un tratado con los Parthos, intentó enviar nuevo ejército á Italia; pero se lo impidió un nuevo pueblo septentrional, el Esclavón que, pasando el Danubio, había invadido la Iliria y la Tracia, de modo que Totila la ocupó casi por completo.

Vencidos los Esclavones por Justiniano, mandó éste á Italia con un ejército al eunuco Narses, excelente hombre de guerra, quien venció y mató á Totila, y los res-

tos del ejército godo que quedaron de aquella derrota encerráronse en Pavia, y eligieron rey á Teia.

Por su parte Narses, después de la victoria, tomó á Roma, y, por último, batallando con Teia junto á Nocera, le venció y mató. Esta victoria destruyó la dominación de los Godos en Italia, donde reinaron setenta años, desde Teodorico hasta el rey Teia.

VII. Libre de los Godos Italia, murió Justiniano, y le sucedió en el trono su hijo Justino, quien por consejo de su mujer Sofia, destituyó á Narses del mando de Italia, y envió para sucederle á Longino. Éste fijó su residencia, como sus antecesores, en Ravena, y dió á Italia nueva forma, no nombrando gobernadores de las provincias, como habían hecho los Godos, sino en las ciudades y lugares de alguna importancia jefes, á quienes denominó *Duques*. En esta organización no honró más á Roma que á cualquier otra ciudad, quitándole, pues, sus cónsules y su Senado, dignidades que hasta entonces se habían conservado, la sometió al mando de un Duque que anualmente enviaba de Ravena, y se llamaba el Ducado Romano. La autoridad que á nombre del Emperador estaba en Ravena y gobernaba toda Italia se llamó *Exarca*. Esta división facilitó la ruina de Italia, acelerando la ocasión de que la ocuparan los Longobardos.

VIII. Muy indignado Narses con el Emperador, porque le quitó el gobierno de aquella provincia que con su valor y su sangre había conquistado, y porque á Sofia no bastó injuriarle con la destitución, sino añadió frases ofensivas, diciendo que quería hacerle volver á hilar con los demás eunucos, persuadió á Alboino, rey de los Longobardos, que entonces reinaba en Pannonia, á que viniera á ocupar la Italia.

Los Longobardos, según antes hemos visto, entraron en las comarcas inmediatas al Danubio, que abandonaron los Érulos y los Turingios cuando su rey Odoacro los condujo á Italia. Permanecieron allí algún tiempo, y ascendido al trono Alboino, hombre audaz y feroz, pasaron el Danubio, pelearon con Conimundo, rey de los Gépidos, que dominaba la Pannonia, y le vencieron. Encontrando entre los prisioneros á Rosmunda, hija de Conimundo, se casó con ella Alboino y quedó dueño de Pannonia. Á impulsos de la ferocidad de su carácter, hizo del cráneo de Conimundo una taza, en la que bebía para celebrar aquella victoria.

Llamado á Italia por Narses, de quien fué amigo durante la guerra contra los Godos, dejó la Pannonia á los Hunos, que, según dijimos, á la muerte de Atila habían vuelto á su patria, y bajó á Italia. Encontrándola dividida en tantas partes, ocupó súbitamente á Pavia, Milán, Verona, Vicenza, toda la Toscana y la mayor parte de la Flaminia, llamada hoy Romaña. Pareciéndole, por tan rápidos triunfos, que era ya dueño de Italia, celebró en Verona un festín, y alegre por el exceso en la bebida, hizo presentar el cráneo de Conimundo, lleno de vino, á la reina Rosmunda, sentada frente á él, diciendo, en voz alta para que ésta pudiera oírlo, que en tan grande júbilo deseaba beber con su padre.

Esta frase fué una puñalada para aquella mujer, que determinó vengarse. Sabía que Almachilde, noble lombardo, joven y valeroso, era amante de una de sus sirvientas y convino con ésta en recibir á Almachilde, sustituyéndola ocultamente en el lecho. Acudió el joven á la cita en lugar obscuro, y creyendo estar con la sir-

viente, gozó á Rosmunda. Descubriose ésta seguidamente, mostróle que tenía que elegir entre, ó matar á Alboino y gozar de ella y del reino, ó ser muerto por él á causa de haber deshonrado á su esposa. Consintió Almachilde en matar á Alboino; pero después que lo mataron, viendo Almachilde y Rosmunda que no lograban apoderarse del reino, y temiendo aquél ser muerto por los Longobardos que amaban á Alboino, huyeron ambos con el tesoro regio á Ravena, donde Longino les recibió honrosamente.

Entretanto había muerto el emperador Justino, sucediéndole Tiberio, que, ocupado en la guerra con los Partos, no podía atender á Italia. Por ello pareció á Longino la ocasión propicia para ser, mediante Rosmunda y su tesoro, rey de los Longobardos y de toda Italia.

Consultó con ella este proyecto y la persuadió á que matase á Almachilde y se casara con él. Aceptado por Rosmunda, preparó una copa de vino envenenado, y con su propia mano la entregó á Almachilde, sediento al salir del baño. Apenas había bebido éste la mitad, sintiendo dolores en las entrañas y adivinando la causa, obligó á Rosmunda á beber el resto. Así murieron ambos á las pocas horas y privaron á Longino de la esperanza de ser rey.

Entretanto, los Longobardos, reunidos en Pavia, que era la capital de su reino, eligieron rey á Clefi, que reedificó á Imola, arruinada por Narsés, ocupó á Rimini y casi todo el país hasta Roma; pero en el curso de estas victorias murió.

Fué Clefi tan cruel, no sólo con los extranjeros, sino con los mismos Longobardos, que éstos, asustados del poder real, no quisieron elegir nuevo Rey, y entre ellos

nombraron treinta Duques para que ejercieran el gobierno. Esta determinación fué causa de que no llegaran á ocupar jamás toda la Italia, que su reino no pasara de Benevento, y que Roma, Ravena, Cremona, Mantua, Padua, Monselice, Parma, Bolonia, Faenza, Forli y Cesena, unas se defendieran largo tiempo y otras nunca fueran tomadas. Porque el no tener Rey hizo á los Longobardos menos dispuestos á la guerra, y cuando restablecieron la monarquía, el recuerdo de la libertad que habían gozado algún tiempo les indujo á ser menos obedientes y más inclinados á discordias, cosa que primero retardó su victoria y causó al fin su expulsión de Italia.

Estando en esta situación los Longobardos, convinieron con ellos Longino y los Romanos en que todos depondrían las armas, gozando cada cual lo que poseía.

IX. Comenzó en esta época á aumentar la autoridad que los Pontífices habían tenido anteriormente, porque los primeros sucesores de San Pedro eran reverenciados por la santidad de su vida y por los milagros; y el ejemplo de sus virtudes extendió tanto la religión cristiana, que los principes tuvieron que someterse á ella para poner remedio á la gran confusión que en el mundo reinaba. Convertidos los Emperadores al cristianismo, y saliendo de Roma para establecerse en Constantinopla sucedió, como decimos al principio, que el Imperio Romano decayó rápidamente, y rápidamente creció la influencia de la Iglesia Romana.

Sin embargo, hasta la llegada de los Longobardos, sometida toda Italia á los Emperadores ó á los Reyes, no ejercieron los Papas otra autoridad que la que les proporcionaba la veneración por sus virtudes y por su doctrina,

obedeciendo ellos á los Emperadores ó á los Reyes, que hicieron morir á algunos y de otros se valieron como ministros. Pero quien hizo que aumentara su influencia en los asuntos de Italia fué Teodorico, rey de los Godos, cuando fijó su residencia en Ravena porque, quedando Roma sin príncipe, los romanos por necesidad tuvieron que prestar más obediencia al Papa. Por esto, sin embargo, no creció mucho su autoridad, y sólo obtuvieron los Pontífices que la Iglesia de Roma tuviera preeminencia sobre la de Ravena.

Al llegar los Longobardos y dominar la mayor parte de Italia, dieron ocasión al Papa para ensanchar su influencia porque, siendo casi jefe de Roma, el Emperador de Constantinopla y los Longobardos le respetaban de tal suerte, que los romanos, mediante el Papa, no como súbditos, sino como iguales, se aliaron con los Longobardos y con Longino; y continuando los Papas siendo amigos, ora de los Longobardos, ora de los Griegos, crecía su influencia.

En esta época, y ocupando el trono Heraclio, empezó la ruina del Imperio de Oriente. Los Esclavones que antes mencionamos, acometieron de nuevo la Iliria, y, conquistándola, la llamaron, de su nombre, Esclavonia. Las demás partes de aquel Imperio fueron invadidas, primero por los persas, después por los sarracenos que con Mahometo salieron de Arabia, y, finalmente, por los turcos.

Perdió el Imperio la Siria, el Africa, el Egipto, y por tanta decadencia no podía encontrar el Papa en él defensa contra sus opresores.

Por otra parte, crecía la fuerza de los Longobardos, y pensó el Papa en la necesidad de procurarse nuevos

defensores, acudiendo al Rey de Francia. De suerte, que todas las guerras que en aquel tiempo hicieron los Bárbaros en Italia fueron en su mayor parte causadas por los Pontífices quienes llamaron las más veces á los Bárbaros que la invadieron. Este procedimiento dura en nuestros días, habiendo tenido y teniendo á Italia dividida y debilitada. Por tanto, la historia, desde aquellos tiempos á los nuestros, no habla de la decadencia del Imperio, completamente arruinado, sino del aumento del poder de los Pontífices y de algunos otros príncipes que, hasta la venida de Carlos VIII, gobernaron á Italia. Veráse cómo los Papas, primero por las censuras y después por las censuras y las armas, mezcladas con las indulgencias, eran temidos y venerados, y cómo por haber usado mal de unas y otras, perdieron todas y están á discreción ajena.

X. Pero continuando la narración, diré que ascendió al pontificado Gregorio III y al trono de los Longobardos Astolfo quien, faltó á los convenios hechos, ocupó á Ravena y declaró la guerra al Papa. Por esta causa, y no confiando, por las razones antedichas, el Papa en el Emperador de Constantinopla, cuyo poder era débil, ni fiando en la fe de los Lombardos, que varias veces le habían engañado, acudió á Pipino II que, de señor de Austrasia y Brabante, había llegado á ser rey de Francia, no tanto por sus méritos, como por los de su padre Carlos Martel y su abuelo Pipino. Porque Carlos Martel, siendo gobernador de este reino, alcanzó aquella memorable victoria contra los sarracenos junto á Tours, á orillas del río Loira, donde fueron muertos más de doscientos mil moros. De aquí que su hijo Pipino, por la fama y mérito del padre, llegara á ser rey de aquel rei-

no; y á él pidió auxilio el papa Gregorio contra los Longobardos sus enemigos. Prometió dárselo Pipino, pero, deseoso de ver antes al Papa y en su presencia honrarle, fué Gregorio á Francia, pasando por las tierras de sus enemigos los Longobardos, sin que éstos se lo impidieran. ¡Tanto era el respeto que se tenía á la religión!

El Rey de Francia le rindió acatamiento, é hizo que, al volver á Italia, le acompañara su ejército. Éste sitió á los Longobardos en Pavia, donde Astolfo, obligado por la necesidad, celebró convenio con los franceses, quienes hicieron el tratado á ruegos del Papa, que no quería la muerte de sus enemigos, sino su conversión y que viviesen.

Por este convenio prometió Astolfo devolver á la Iglesia todas las tierras que le había ocupado; pero al regresar el ejército de Pipino á Francia, faltó á lo prometido, y el Papa acudió de nuevo á este Rey. Por segunda vez envió sus tropas á Italia, venció á los Longobardos y tomó á Ravena, dándola, contra la voluntad del Emperador griego, al Papa, con toda la comarca que del Exarcado dependía, añadiendo el país de Urbino y el de la Marca.

Astolfo murió cuando estaba haciendo entrega de las tierras al Papa, y el lombardo Desiderio, que era Duque de Toscana, tomó las armas para ocupar el reino y pidió ayuda al Papa, prometiéndole su amistad y darle tanto como le ofrecieran los otros príncipes. Al principio cumplió su promesa Desiderio y continuó entregando las tierras al Pontífice, según el convenio hecho con Pipino.

En adelante no vinieron Exarcas de Constantinopla á Ravena, que se gobernó conforme á la voluntad del Papa.

XI. Muerto Pipino, sucedióle en el trono su hijo Carlos, que por sus grandes empresas fué llamado Magno. En el pontificado había sucedido Teodoro I al cual, por desavenencias con Desiderio, sitió éste en Roma. Pidió el Papa ayuda á Carlos, quien pasó los Alpes, sitió á Desiderio en Pavia, le hizo prisionero con su hijo y les envió á Francia. Visitó al Papa en Roma, y declaró que el Pontífice, vicario de Dios, no podía ser juzgado por los hombres. El Papa y el pueblo romano lo hicieron Emperador.

De esta suerte comenzaron de nuevo los Emperadores en Occidente; pero en vez de confirmar el Emperador al Papa, empezó á tener necesidad del Papa para la elección, perdiendo el Imperio la supremacía y adquiriéndola la Iglesia que, por tales medios, aumentaba su autoridad sobre los príncipes temporales.

Hacia doscientos treinta y dos años que estaban los Longobardos en Italia, y no tenían ya de extranjeros más que el nombre. Queriendo Carlos reorganizar Italia en tiempo del papa León III, consintió que siguieran habitando en la comarca donde se habían criado, y que, de su nombre, se llamara Lombardía; y para que respetaran el nombre romano, determinó que la parte de Italia lindante con ellos, y que estaba antes sometida al Exarcado de Ravena, se llamara Romaña. Además nombró rey de Italia á su hijo Pipino, cuya jurisdicción se extendía hasta Benevento, poseyendo lo demás el Emperador griego, con el cual hizo Carlos un convenio.

Ascendió en este tiempo al pontificado Pascual I, y entonces los párrocos de la diócesis de Roma, porque estaban más cerca del Papa y asistían á su elección, para enaltecer su potestad con un título espléndido, empeza-

ron á llamarse Cardenales, y se arrogaron tantas facultades, sobre todo después de excluir al pueblo romano de la elección de los Pontífices, que rara vez resultaba elegido alguno que no fuera Cardenal. Así, pues, muerto Pascual, fué elegido pontífice Eugenio II, del capitulo de Santa Sabina.

Después que Italia estuvo en manos de los franceses, mudó en parte de forma y organización, por adquirir el Papa en lo temporal mayor autoridad. Ellos trajeron los títulos de condes y marqueses, como antes Longino, exarca de Ravena, creó los de duques.

Ascendió después al pontificado el romano Osporco, y por la fealdad de su nombre se hizo llamar Sergio; empezando así la mutación de nombre que hacen los Papas al ser elegidos.

XII. Muerto el emperador Carlos, le sucedió su hijo Luis y, al morir éste, hubo tantas discordias entre sus hijos, que, en tiempo de sus nietos, perdió la casa de Francia el Imperio, siendo entregado á Alemania. Llamose Arnolfo el primer emperador alemán.

Y no sólo la familia de Carlos perdió por sus discordias el Imperio, sino también la Italia, porque los Lombardos, recobrando la fuerza, ofendían al Papa y á los romanos; tanto, que el Pontífice, no sabiendo á quién acudir, nombró por necesidad rey de Italia á Berenguer, duque del Friuld.

Estos sucesos inspiraron á los Hunos, que se encontraban en Pannonia, la resolución de invadir la Italia. Combatieron con Berenguer, pero viéronse obligados á volver á su provincia, que, de su nombre también, se llamaba Hungría.

Era entonces emperador de Oriente, Romano que,

siendo prefecto del ejército, había usurpado el Imperio á Constantino, y porque durante estas novedades se habían rebelado la Pulla y la Calabria que, según antes dijimos, obedecían al Imperio, indignado por la rebelión, permitió á los sarracenos pasar á estas provincias, como lo hicieron, apoderándose de ellas, y hasta intentaron tomar á Roma. Los romanos, porque Berenguer estaba ocupado en defenderse de los Hunos, nombraron su capitán á Alberico, duque de Toscana, cuya bravura salvó á Roma de los sarracenos. Al abandonar éstos el asedio, construyeron una fortaleza sobre el monte Galiano, desde donde dominaban la Pulla y la Calabria y combatían al resto de Italia. De esta suerte, estaba entonces Italia grandemente afligida, atacándola por los Alpes los Hunos y por Nápoles los sarracenos. Tales trabajos sufrió muchos años, durante el reinado de tres Berengueres, que se sucedieron uno á otro en el trono; en cuyo tiempo el Papa y la Iglesia eran de continuo perturbados, no sabiendo dónde acudir, por la desunión de los príncipes occidentales y por la impotencia de los orientales.

La ciudad de Génova y las costas inmediatas fueron en este tiempo asoladas por los sarracenos, y de aquí provino el engrandecimiento de la ciudad de Pisa, donde se refugiaron muchos que huían de su patria. Todo esto ocurría en el año 931 de la era cristiana. Pero elegido emperador Othón, hijo de Enrique y Matilde, duques de Sajonia, hombre prudente y de gran fama, el papa Agapito le rogó viniese á Italia, y la librara de la tiranía de los Berengueres.

XIII. Los Estados de Italia en aquel tiempo estaban distribuidos del modo siguiente: la Lombardia so-